



ecos del Santuario

ANIVERSARIO
1960
50
2010
DE FUNDACIÓN

No. 603

Regla, 8 de noviembre de 2010

NUESTROS AMIGOS: LOS SANTOS

El Concilio Vaticano II, que se celebró en la Ciudad del Vaticano desde el año 1962 hasta 1965, tiene una frase que dice así: “Los Santos son el signo visible de la presencia del Reino de Dios entre nosotros”. Y los Santos nos están llamando también a nosotros a hacer visibles esa presencia del Reino en este mundo. Y si miramos la historia vemos que los Santos llaman a los santos. Lo que decide la conversión de san Agustín no sólo es la oración ferviente de su madre santa Mónica, sino la lectura que hizo de la vida de san Antonio Abad (252-356) que escribió san Atanasio (295-373), quien lo conoció personalmente. Santa Teresa de Ávila (1515-1582) –11 siglos después– leerá el libro de las “Confesiones”, escrito por san Agustín y llegará a escribir: “Cuando leí las palabras que Agustín escuchó en el jardín, me pareció que el Señor las dirigía a mí, tan grande fue la emoción de mi corazón”. Y ya sabemos, ¡qué cambio tan vertiginoso dio la vida de la santa española!

Cuatro siglos después, santa Edith Stein (1891-1942), la carmelita hebrea asesinada en el campo de concentración de Auschwitz (Polonia) se convirtió leyendo la vida de santa Teresa, dejando su carrera académica como profesora de la Universidad y entrando en el monasterio de la monjas carmelitas descalzas de Colonia, Alemania.

La vida de los Santos nos está llamando también a nosotros. Una conclusión sencilla y práctica es la de volver a leer la vida de los Santos. Hoy en día no faltan biografías escritas con espíritu sanamente crítico, y teniendo en cuenta el contexto histórico y el vivir y entrega de estos hermanos nuestros que nos preceden en el camino de la fe.

El último libro de la Biblia, el Apocalipsis, escrito por el evangelista san Juan, describe la innumerable multitud de los testigos de Dios. Estos testigos son nuestros compañeros de viaje. El amor que ellos nos tienen nos asegura que no pueden separarse de nosotros, y nos aman e interceden por nosotros unidos a Cristo, están en profunda comunión con los que son de Cristo. Nosotros podemos llegar a ser amigos de los Santos, se puede



de establecer entre ellos y nosotros una fuerte relación de amistad simpática e iluminante. Más aún, mientras en la amistad con los que aún peregrinan con nosotros en este mundo impactan contra nuestras limitaciones y nuestras incapacidades de amar como quisiéramos; en la amistad con los Santos experimentamos ya la inefable y perfecta comunión con Dios, la paz de la divina presencia, la paz sin malos entendidos y, en cierto modo, poseemos esa alegría, esa felicidad que es nuestro eterno destino. Intentémoslo, leamos la vida de un Santo y hagamos la experiencia. Sería bueno para nosotros y una forma de honrar a todos los Santos en su día.

NOVIEMBRE: MES DE LOS DIFUNTOS

COMUNICARNOS CON NUESTROS MUERTOS

Carlos María Martini, cardenal y antiguo arzobispo de Milán, Italia

Podemos comunicarnos con nuestros muertos, ellos nos conocen y, aunque estén ahora en el cielo junto a Dios, conocen el mundo que dejaron, conocen ante todo su relación con Dios y con sus planes eternos que ahora pueden contemplar. A partir de Dios, por tanto, conocen nuestras cosas, nuestros problemas y hablan de ellos entre sí y con Dios.

Ellos no sólo nos conocen, sino que nos están cerca. Es cierto que han dejado el mundo para vivir en donde están los cuerpos gloriosos de Jesús y de María, es decir, fuera y más allá de todo el universo y de su espacio. Pero todavía intervienen en el mundo y están presentes en él con su oración, con la fuerza de su amor, con las inspiraciones que nos ofrecen, con los ejemplos que nos recuerdan, con los efectos de su intercesión.

El amor que tuvieron con las personas queridas, con nosotros, conmigo, con ustedes, no lo han perdido. Lo conservan en el cielo, transfigurado y no abolido por la gloria.

La expresión de santa Teresa de Lisieux: “Quiero pasar mi cielo haciendo el bien sobre la tierra”, no vale sólo para la Santa carmelita. Vale para todos aquellos que piadosamente creemos acogidos por la misericordia de Dios.

Padres, familiares y amigos queridos, hablan a Dios de nosotros y le presentan nuestras intenciones y nuestras dificultades. Ellos conservan, ciertamente, en el cielo, las intenciones, los afectos, los intereses por los grandes valores de esta vida, esos intereses que son también nuestros, que ellos nos dejaron en herencia en los cuales nos educaron. Oran en favor nuestro para que estos intereses, intenciones y valores, crezcan en nosotros y sean llevados a esa perfección que nos permitirá gozar, un día, el rostro de Dios con ellos y como ellos.

Quiero subrayar un modo de presencia de nuestros muertos.

Ellos están presentes en todo tabernáculo y en todo altar en donde se celebra la Eucaristía (La Santa Misa).

En la Eucaristía está Jesús Resucitado, está la fuerza de su Resurrección y, con Jesús Resucitado, están presentes todos los Santos, todos los que murieron en el Señor. Están presentes con su adoración y con su amor por Jesús, que es también amor por nosotros que estamos alrededor de la Eucaristía. Y están presentes, en particular, los que nos aman más, que nos son queridos y que con nosotros adoran a Jesús.

Claro que permanece un terrible velo entre el mundo visible y el invisible. Sin embargo, también es cierto que el amor es más fuerte que la muerte, y el amor de Cristo Resucitado llena el corazón y la vida de nuestros queridos difuntos. El mismo amor de caridad que está en nosotros, en ellos está en plenitud. Y precisamente partiendo de esta plenitud de ellos, nos alcanzan y nosotros también nos unimos a ellos con nuestro amor y con nuestra oración.

Por el contrario, no lo podremos alcanzar y correríamos el riesgo de abrazar un vano fantasma, fruto de excitación y de falsa credulidad, si pretendiéramos comunicarnos con ellos a través de medios extraordinarios que nada tienen que ver con la fe y que no se basan en la oración.

Ciertamente se puede comprender que, a veces, personas probadas ante el dolor por la pérdida repentina de una persona queridísima, traten de ponerse en contacto con ella. Pero para esto no sirven los medios supersticiosos.

Tenemos en la fe, en la oración y en la Eucaristía, el medio, el lugar y el ambiente para una comunicación real de amor con los difuntos.

EL CULTO A LA SANTÍSIMA VIRGEN

El Santuario de Regla es un santuario mariano, es decir, en este templo o santuario se da culto a Dios en sus tres divinas personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo, en primer lugar, y a su Santísima Madre la Virgen María. El culto establecido por la Iglesia a Dios es de *latría* o adoración, el que se le tributa a la Virgen María es de *hiperdulía* o veneración y el culto dado a los Santos es de *dulía* o veneración. Como vemos el culto a la Virgen María está por encima del culto a los Santos.

El Papa Pablo VI (1897-1978) de feliz memoria y cuyo pontificado se extendió de 1963 a 1978, en su exhortación apostólica “*Marialis Cultus*” sobre el culto a la Santísima Virgen María, nos muestra cómo debe ser el Culto a María, dándonos cuatro puntos de orientación, que al igual que la brújula, no permiten que nuestra fe se desvíe y nos guía para que tengamos una perfecta precisión acerca del lugar de nuestra Madre en la vida de la Iglesia.

En efecto, el Papa Pablo VI nos dice que nuestro culto a María debe ser: Bíblico, Litúrgico, Ecuménico y Antropológico. Veamos en qué consiste cada uno de estos aspectos del culto a la Virgen.

- a. **Bíblico.**- Esto significa que nuestro culto a María debe partir de la base de las Sagradas Escrituras (La Biblia); no puede sustentarse sólo en la piedad popular; aún en las “revelaciones marianas” la Iglesia adopta una posición reservada. Si nuestro culto tiene como base las Escrituras, por consecuencia, daremos el lugar correcto a María.
- b. **Litúrgico.**- Con mucha frecuencia escuchamos oraciones en las que directamente se pide la “salvación” a María, o aún peor, se la adora. Estas oraciones, naturalmente, son las hechas por nuestro pueblo poco instruido. La Iglesia, en su oración litúrgica que está en los misales y libros en donde se encuentran estas oraciones, siempre ha puesto a María en el lugar que le corresponde. Así, la oración de la Iglesia, por lo general, contiene las características siguientes:

“Te pedimos a ti Padre...en el nombre de tu Hijo Jesús que por la fuerza de tu Espíritu... nos concedas... en unión con María y todos los Santos...”

- c. **Ecuménico.**- Esto significa que nuestro culto sea de tal manera que favorezca y acerque nuestra relación con los otros cristianos, y no “utilizar” la imagen de la Virgen para ahuyentarla a los hermanos de otras iglesias cristianas. El lugar de María debe ser fuente de unión como lo fue en la comunidad de los apóstoles y en los primeros tiempos de la vida de la Iglesia (Hch. 1, 14).
- d. **Antropológico.**- El lugar de imitación y de máxima veneración (culto de hiperdulía) que le damos a nuestra Madre, también tiene como base sus virtudes humanas, su “fiat” (hágase en mí según tu palabra), su amor por el necesitado y su espíritu de servicio. Además, los católicos la tenemos a ella como modelo de discípulo, de creyente, y de apóstol.

Concluimos este tema afirmando tres cosas:

- Más que admirar el acto de fe de María, debemos aprender de ella su actitud de fe.
- No se puede comprender la Historia de la Salvación sin dos personajes: Eva, por la cual entró el pecado al mundo, y María por la cual entra la Gracia y la redención al mundo.
- Debemos ver a María Santísima, como la imagen de la Iglesia que queremos ser nosotros. Queremos que la Iglesia sea como María: mujer de fe, mujer de entrega a los demás, mujer llena de amor por todos y discípula de su propio Hijo Jesús. Que así sea.



LA NUEVA SEDE DEL SEMINARIO SAN CARLOS

Con una misa celebrada el pasado 12 de septiembre a las 6 de la tarde por el Señor Cardenal Jaime Ortega Alamino, arzobispo de San Cristóbal de La Habana, en la capilla del propio seminario San Carlos, tuvo lugar la apertura del año escolar 2010-2011. En la celebración de la Eucaristía estaban presentes además, los obispos auxiliares, el rector, profesores y alumnos de la Institución bicentenaria.

El acto sencillo en sí, tuvo gran trascendencia para el futuro de nuestra Iglesia Cubana. En el Seminario se forman los sacerdotes del mañana. La palabra Seminario, como lo indica la raíz de su nombre, significa “semillero”, es el lugar donde se cultivan las vocaciones que tienen su plasmación final en los últimos años al recibir las sagradas órdenes. El Seminario es de extraordinaria importancia en una diócesis. “Obispo sin Seminario o por lo menos sin seminaristas, es padre sin hijos. Diócesis sin Seminario o sin seminaristas es hogar sin pan y calor”.

Siempre, tradicionalmente, la Iglesia ha cuidado de manera amorosa los futuros sacerdotes. El Concilio Vaticano II (1962-1965) le ha dedicado todo un decreto “Optatum totius” en el que de manera magnífica, expone todo lo concerniente a la formación de los futuros presbíteros de acuerdo con las necesidades de los tiempos actuales.

Todas estas razones que hacen resaltar la importancia de esta institución eclesíástica en la vida de la Iglesia, adquieren este año una especial resonancia. Ya sabemos que el Papa Juan Pablo II en la misa celebrada el 25 de enero de 1998, con motivo de su visita a Cuba, bendijo la Primera Piedra del Nuevo Seminario que sería construido en un futuro cercano en las afueras de la Ciudad de La Habana, más preciso aún, en la Vía Monumental. Pues bien, después de 12 años de aquel acontecimiento eclesial, el pasado día 4 de noviembre, hace sólo unos cuatro días, ha abierto sus puertas la nueva sede del Seminario San Carlos, ahora a las afueras de la ciudad para acoger a todos los seminaristas de la Isla que se preparan para ser futuros sacerdotes en Cuba.



Este seminario San Carlos que hoy comienza una nueva etapa en su ya larga existencia, fue aquel antiguo colegio de San Ambrosio que fundara el glorioso obispo Diego Evelino Vélez, más conocido en la historia por el nombre de Compostela, por su ciudad natal.

El 27 de febrero de 1689 en la calle de los Oficios y marcada con el número 12, frente a lo que ahora se llama el callejón de Jústiz nació aquella institución, pionera del que con el tiempo iba a ser el glorioso Seminario San Carlos.

Otro preclaro prelado, el obispo José de Hechevarría y Nieto de Villalobos, nacido en la ciudad de Santiago de Cuba el 24 de julio de 1725, sentó los reales del que habría de ser el Real Colegio Conciliar de San Carlos y San Ambrosio, gloria de Cuba. Estos nuevos titulares se debían a su devoción por San Carlos Borromeo (1538-1584), quien tanto trabajó por la instalación de los seminarios según las disposiciones del Concilio Ecuménico de Trento (1545-1563) y en memoria del Rey Carlos III (1716-1788), quien había cedido el antiguo local del Colegio San José perteneciente a los padres jesuitas, expulsados de la monarquía española y sus colonias. La apertura de aquel seminario se efectuó el 4 de abril de 1774.

Y como hemos dicho: en la fiesta de san Carlos Borromeo fue inaugurada la nueva sede, con una solemne misa concelebrada por todos los obispos de Cuba. Lo que fue el comienzo de aquella primera piedra es hoy un magnífico edificio que enriquece a nuestra Iglesia cubana.

Todo esto nos lleva a aumentar nuestro aprecio y cariño al Seminario, “corazón de la diócesis” como dice el Concilio Vaticano II, y tener presente en la mente y en el corazón esta importantísima institución de tanto valor para el futuro religioso de nuestra Patria.